

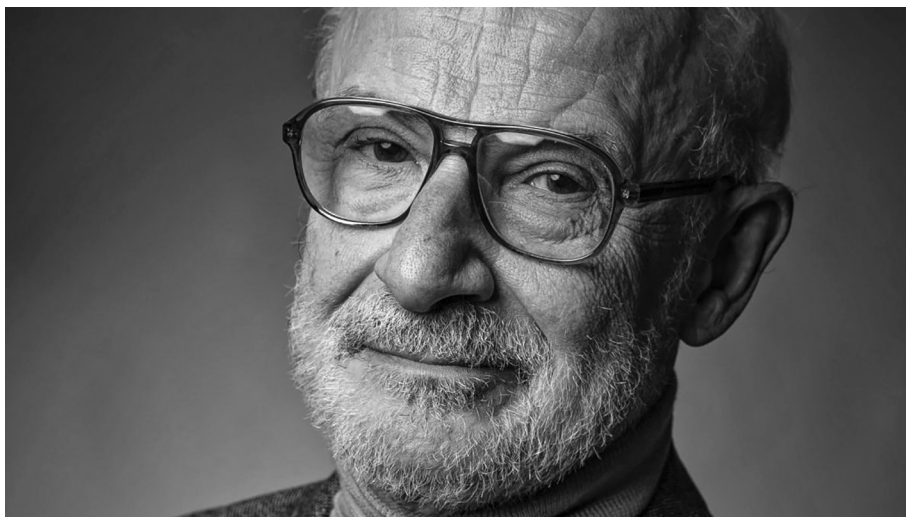
# ¿Los últimos días del libro?

*The last days of the book?*

Biblioteca Universitaria, vol. 25,  
núm. 2, julio-diciembre, 2022.  
DOI: [http://dx.doi.org/10.22201/  
dgbsdi.0187750xp.2022.2.1476](http://dx.doi.org/10.22201/dgbsdi.0187750xp.2022.2.1476)

## RAFFAELE SIMONE\*

\* Profesor emérito de la Università Roma Tre. Profesor titular de Lingüística general desde 1980, primero en Roma Sapienza, después en Roma Tre (1992). Es investigador y docente en centros y universidades extranjeras. Consejero editorial, director de obras colectivas. Colaborador de diarios y periódicos europeos. Ganador de numerosos premios de la “no ficción” como: Premio del libro europeo, 2017; Premio de la Fondation Bonnefous-Institut de France, 2022.



**H**ablar sobre el libro y sus perspectivas frente a profesionales del libro es evidentemente un compromiso importante. Además, delicado, porque me pone en la singular circunstancia de hablar a personas que han elegido la misión de conservadores de libros sobre un tema que no es exactamente la conservación del libro, sino su probable ocaso.

Efectivamente, después de la “revolución inadvertida” (según la fórmula de Elisabeth Eisenstein<sup>1</sup>) que supuso la invención de la imprenta, el libro nunca se ha enfrentado a un cambio tan radical como hoy en día, al entrar en la “mediaesfera”, es decir en el mundo digital que nos rodea a todos y todas, entendido como conjunto de instrumentos (*devices*) y como paradigma cultural.

Todo ha cambiado: la forma de concebir y escribir, de llevar a la prensa, de publicar, de difundir, de leer y de hacer circular el libro. Más concretamente, ha cambiado radicalmente el contexto material. El cajista, el impresor tradicional,

<sup>1</sup> Elisabeth L. Eisenstein, *The Printing Press as an Agent of Change*, Cambridge University Press, Cambridge 1979.

ENSAYO

el editor han desaparecido; las librerías están desapareciendo; las bibliotecas públicas están empezando a deshacerse de los libros de papel, presuntamente por falta de espacio y para dejar lo que se queda a los digitales. Las revistas científicas en papel están desapareciendo. Los propios periódicos ven sus ventas reducirse cada día más. Menos visiblemente, la propia estructura del texto se ha alterado.

Esta sinopsis menciona todos los actores interviniendo en el mundo actual de libro: el autor, los numerosos profesionales que llevan su obra de la concepción a la difusión, los lectores, los ambientes de la lectura. Cada uno tiene su mirada del libro, cada uno experimenta metamorfosis y cambios.

Frente a una situación parecida, varios estudiosos se han hecho la pregunta: ¿cuál será el futuro del libro? Se han publicado muchos tomos para intentar contestar. Pero, pese a todo, hasta ahora, no tenemos respuesta precisa y compartida.

\*\*\*

Mi razonamiento se presentará en círculos concéntricos: discutiré primero la metamorfosis del libro como objeto físico y producto industrial, luego la de la textualidad que el libro incorpora, en sí misma y desde el punto de vista tanto del lector como del autor.

Concluiré con algunas consideraciones sobre el cambio de paradigma general que todo ello supone, para subrayar que la metamorfosis del libro y de su mundo tiene lugar dentro de un marco más amplio y profundo, que afecta incluso nuestra mentalidad.

\*\*\*

En la novela *Una soledad demasiado ruidosa* (1981) del gran escritor checo Bohumil Hrabal, un hombre encerrado en un sótano lleno de ruido hace un trabajo raro: comprime en fardos montañas de papel de desecho de bibliotecas desmanteladas: libros de todas clases, periódicos, etcétera. Al principio tiene miedo estar

cometiéndolo “un crimen de *lesa humanidad*” y piensa, incluso, en constituirse en policía. Luego se va acostumbando, pero, como no puede aceptar que usen con ese fin “bibliotecas enteras de castillos y casas burguesas, libros hermosos, encuadernados en cuero y marroquíes”, pone en cada paca un gran libro, desde Erasmo hasta Hölderlin, desde la *Teoría del Cielo* de Kant hasta el Talmud como para decir que el gran libro, para sobrevivir, debe esconderse entre los escombros.

¿Nos veremos nosotros también reducidos a ocultar los grandes libros dentro de los fardos de papel en los que podrían terminar nuestras bibliotecas? El avance del libro *online*, en sus mil formas, parece efectivamente haber decidido el fin del papel, y se lee en estos días que, debido a la pandemia que nos atormenta desde 2020, la demanda internacional de papel ha fracasado y la industria papelera está en graves apuros.

Antes de que el triunfo de los píxeles y los nuevos materiales (como el grafeno) se realice realmente, será útil preguntarse qué se ganará y qué se perderá cuando el papel impreso desaparezca del mundo. Seguro que se ahorrará espacio, ya que el papel es voluminoso y frágil y que las grandes bibliotecas anuncian que estantes enteros terminarán en polvo debido a malos pegamentos o gusanos malcriados. Se ahorrará peso, porque los libros se transportan con dificultad.

¿Y los costes? No se ahorrará en los bosques, ya que el papel se ha reciclado durante mucho tiempo con resultados bastante buenos. Pero sí se ahorrará en personal. De hecho, se cerrarán cadenas enteras de suministro: fábricas de papel, industrias papeleras, papelería y, gradualmente, bibliotecas y librerías, sustituidas respectivamente por Google Books y Amazon o por la piratería libraria que difunde PDF abusivos. Los impresores se irán a casa, así como los encuadernadores y almacenistas, los vendedores a plazos y así continuando.

Estos inconvenientes, por sí solos, ya serían pesadimosos. Pero hay otros inconvenientes intangibles. Al desaparecer el papel como soporte físico del libro, se perderá el inmejorable software que el libro de papel silenciosamente incorpora. No estoy hablando del placer, tan a menudo mencionado, de oler el aroma de la tinta o

del sabor sensual de poseer un tomo bien hecho y verlo alineado junto a sus compañeros en el estante. Pienso más bien en la ingeniosa “forma de trabajar” del papel.

Con un libro de papel puedes ver instantáneamente qué tan grande es (por lo tanto, cuánto tiempo tardarás en terminarlo y cuánto queda por leer), lo navegas para echar un vistazo, formarte una idea de su contenido y empezar a opinar, puedes insertar un recorte (una reseña, una carta), una foto o una flor; puedes ordenarlo en series según criterios infinitos; puedes prestarlo a un amigo o una amiga, un estudiante o una estudiante para luego hablar de ello y discutirlo, tal vez en un círculo de lectura; puedes regalarlo con una dedicatoria arriba. Por lo tanto, el libro de papel es cómodo, social, afectivo. Y estas propiedades no derivan del hecho de que sea un libro, sino del hecho de que es de papel.

Ninguna de estas cualidades le pertenece, por el momento, al libro electrónico. Por supuesto, el libro de papel no es multimedia: no podemos presionar el lápiz sobre una palabra y saltar a una entrada de enciclopedia o un diccionario que lo explique, o hacer clic en el nombre de un músico y escuchar una de sus canciones. El libro en línea permite este juego, incluso lo exalta de forma desproporcionada. Este es uno de sus carismas: parece hacer que la lectura sea menos difícil; hace que se parezca a ver un programa de tv. Pero ello sólo es una apariencia: la lectura no se facilita, sino que se desestructura y se destruye – como veremos a continuación.

\*\*\*

Pasamos ahora a ver unos aspectos del cambio de la textualidad, primero desde el punto de vista del usuario, sucesivamente desde el punto de vista del autor.

Este cambio, que interrumpe brutalmente una continuidad dos veces milenaria, ha tenido lugar en un marco más complejo y profundo en el que al menos se producen los siguientes fenómenos:

- a. ha cambiado el peso de lo visual y de la imagen (en una variedad de manifestaciones y formas) con respecto a las demás vías de adquisición del conocimiento;

- b. la escritura y el texto escrito han cambiado profundamente su naturaleza y tipología;
- c. han cambiado las formas de acceder al libro, de usarlo, de leer.

En síntesis, han cambiado *la ecología y la etología* de la lectura.

El primer factor ecológico de cambio es la *primacía de lo visual*. Este hecho procede de la increíble explosión de lo visual con respecto a las demás formas de adquisición del saber. Eso supone que el hecho de ver –o sea de adquirir informaciones y conocimientos a través de la visión de imágenes (como en una pantalla de televisión o un video), y no descifrando letras o símbolos– es más “fácil”, más natural, que leer un texto escrito. La mayor cantidad de información se obtiene hoy efectivamente mirando imágenes y, más generalmente, observando “cosas que se ven”. En otros términos, la *visión alfabética* se ha supeditado a la *no-alfabética*.

He sugerido que la preferencia que medio mundo tiene hacia el mirar imágenes depende de unos fundamentales rasgos semióticos del mirar con respecto al leer. En su conjunto, estos han modificado profundamente la ecología del leer.

Propongo concretamente tres de ellos:

- a. el *ritmo*: para leer, el lector tiene que seguir un ritmo relativamente lento, siguiendo la línea con su mirada; para la visión, en cambio, un ritmo relativamente veloz, pilotado por el propio ritmo de avance de las imágenes.
- b. Vinculado con lo anterior está el uso de *referencias enciclopédicas*, es decir, de los conocimientos previos que nos ayuden en la interpretación de lo que estamos mirando o leyendo: en la lectura, el recurso a referencias enciclopédicas es continuo e intenso, y en caso de no poderlo efectuar se corre el riesgo de no comprender literalmente nada; en la visión, las cosas que se ven llevan un pathos propio, una iconicidad engañadora, que puede darnos la impresión de que se ha comprendido aun si eso no es así en absoluto.



- c. Y, finalmente, la *convivialidad*: la lectura es poco convival, pues se debe realizar en silencio, en soledad, con concentración. Un hermoso libro de mi compañera Lina Bolzoni, gran especialista de Renacimiento, dedicado a las maneras de leer en Europa a lo largo del tiempo y de las concepciones de la lectura, se titula “Una soledad maravillosa”,<sup>2</sup> para subrayar la propiedad que todos los ilustres lectores (Boccaccio, Petrarca, Erasmo, Maquiavelo y así siguiendo) de los que se ocupa identifican como fundamental en el acto de leer. Leyendo, como máximo se puede comer o beber, o fumar (en algunos ambientes), pero no hablar ni practicar usos sociales. La visión, por el contrario, admite toda clase de intrusiones sensoriales. En resumen: se puede mirar colectivamente, pero se lee en soledad.

En la mediaesfera estas propiedades han sido gradualmente rechazadas y eliminadas. La mediaesfera ha modificado el proceso de lectura como tal, creando costumbres y usos que se han proyectado en nuestra forma de acceder a los libros de papel. En ambos casos, la lectura se desestructura.

<sup>2</sup> Lina Bolzoni, *Una solitudine meravigliosa. L'arte di leggere nell'Europa moderna*, Einaudi, Turin 2019.

Aquí están unos rasgos del proceso actual de leer:

- a. La interrupción y el salto toman el lugar de la continuidad y de la concentración.
- b. El tiempo de lectura se fragmenta en pedazos.
- c. La idea de que el texto sea continuo se disuelve: puedes dejar el libro en cualquier momento y volver a ingresarlo más tarde habiendo incluso olvidado quién lo escribió o cómo se titula.
- d. La pantalla desmaterializa el texto y acepta intrusiones externas: incluso los subrayados que alguien desconocido introdujo leyendo ese mismo texto se visualizan en tu propia pantalla.

\*\*\*

Asimismo, ha cambiado profundamente la etología del acto de leer. En un precioso ensayo de hace unos años (*Una lectura bien hecha*)<sup>3</sup> George Steiner postuló unas condiciones típicas para el acto de leer (lo que llama la “concepción clásica de la lectura”): el silencio, la soledad y la relación permanente con la memoria cultural – a las que añadiría yo la lentitud (en el sentido de que uno para leer se tome todo el tiempo que necesite).

<sup>3</sup> En su libro *No Passion Spent: Essays 1978-1995*, Faber & Faber, Londres 1996.

Esta trilogía (silencio, soledad, lentitud, -con el soporte de la memoria-todos factores vinculados con capacidades neuronales específicas<sup>4</sup>) evoca una relación particular entre el lector, el mundo externo y la clase de texto a la que está él aplicándose. Con respecto a este paradigma, todo ha cambiado: ha cambiado la tipología de los textos, que se ha hecho inmensamente más variopinta que hace tan sólo diez años, ha cambiado la propia idea de texto, y finalmente ha cambiado el ambiente externo de la lectura. En suma, el cambio ha afectado globalmente a la ecología y la etología de la textualidad.

Según la concepción clásica de la lectura, el lector tenía que quedarse solo frente al texto (Steiner: “¡La lectura sería excluye incluso los entrañables!”); según la concepción digital, la lectura no es sino un segmento de una interacción multimedial, y no supone ni silencio ni soledad – al contrario, exige el ruido y la contemporaneidad de muchas actividades. Por eso, advierte Steiner, hoy “Nuestras maneras de leer son vagas e irreverentes”.

\*\*\*

Un segundo gran factor de cambio es la metamorfosis de la propia idea de texto y de escritura. En este ámbito nos ayuda Platón. En el *Fedro* – dedicado como todos sabemos sobre todo a la naturaleza de la escritura – el filósofo presenta una idea de texto escrito en la que el rasgo fundamental es la *estabilidad* (o como se dice en griego, de la *bebaiótes*). Eso supone que el texto esté fluido a lo largo de toda su elaboración, pero, una vez escrito, su naturaleza cambia por completo: se estabiliza, se fija, se cristaliza – adquiere en suma estabilidad y permanencia.

Aquí lo digital ha trabajado contra Platón, o más bien contra una condición que tenía siglos a sus espaldas, produciendo modificaciones radicales: una vez escrito, el texto digital permanece plástico y modificable de manera permanente. A pesar de que se le ponga por escrito, él nunca alcanza *bebaiótes* ninguna.

Y es que el texto digital ya no es una entidad cerrada, sino que sí puede ser penetrada por personas distintas del autor, puesto que se ha convertido en una entidad abierta e ilimitadamente modificable. Enfatiza aspectos la posibilidad de recibir y relanzar textos telemáticamente y de modificarlos sin límite o incluso interpolarlos.

El cuerpo del texto se abre, o sea, según otras perspectivas, se deja violar: los sistemas de búsqueda electrónica ahorran el esfuerzo de leer un texto en su totalidad y nos permiten encontrar sólo lo que nos interesa. Las propias editoriales ofrecen aplicaciones que permiten extraer del libro sólo las partes que nos interesen y así componer una especie de antología personal de fragmentos de diferentes tomos, como a la manera antigua. En otras palabras, el libro como objeto unitario ya no existe por que podemos desmembrarlo, desarticularlo, despojarlo de su globalidad textual e, inevitablemente, olvidar el nombre de su autor.

A consecuencia de eso, ha cambiado la propia naturaleza e incluso la tipología de los textos, que ha experimentado un incremento que no tiene equivalente en la historia. El francés Christian Salmon ha intentado describir en varios trabajos suyos esta cadena de metamorfosis de formas.<sup>5</sup> En los últimos veinte años se han creado más clases nuevas de texto que en los veinte siglos anteriores: y, además, la textualidad escrita se ha convertido en multimedial. El número de nuevas clases es tan alto que aún no es posible formular una lista completa de ellas.

Además, han surgido autores: individuales, colectivos, con nombre, anónimos, con seudónimos, en serie, con *self-publishing* lo cual, en su conjunto, supone el inminente fin de la propia figura del autor, y, a causa de ello, la extinción rápida del derecho de autor y de la propiedad intelectual en general, como por otro lado ya se reivindica en varias partes en el marco de lo políticamente correcto y de otras direcciones ideológicas de protesta global.

4 Stanislas Dehaene, *Les neurones de la lecture*, Odile Jacob, París 2007.

5 Christian Salmon, *Verbicide*, Climats, París 2004.

\*\*\*

Esta cadena de cambios ha estimulado otra metamorfosis, profunda e invisible, que no atañe a medios ni a cosas físicas, puesto que está relacionada con las maneras de trabajar de nuestra mente colectiva.

La obvia interacción de media y mente hace que todos los cambios mencionados hasta ahora no sean puramente técnicos y materiales. Es más, son fenómenos que alcanzan lo profundo, influyen en nuestra manera de elaborar información y conocimientos y de opinar, y están a punto de crear una nueva forma de mentalidad, que he propuesto denominar *no-proposicional*.

La *práctica proposicional* es típica de quien considera que la experiencia, si es relevante, tiene que ser expresada con palabras –es más, con palabras organizadas en proposiciones– y que estas proposiciones son más significativas cuanto más interrelacionadas están entre ellas, es decir, formando *textos* en sentido estricto. A esto se vinculan algunos otros parámetros de la actitud *proposicional*:

- a. es analítica, es decir, tiende a analizar las ideas y los hechos en sus componentes, estableciendo después, en el discurso, relaciones determinadas entre los distintos elementos así mostrados.
- b. Es estructurada, porque tiende a dar a cada elemento un determinado peso jerárquico en el conjunto.
- c. Coloca estos datos en el tiempo y el espacio, relacionándolos entre sí y con el contexto extra-lingüístico mediante una red de referencias;
- d. Es referencial, porque da nombres – a personas, objetos, entidades, lugares, etcétera – de forma que cada nombre represente una función y actúe como potencial motor de hechos y acciones.

Por el contrario, la actitud *no-proposicional* se caracterizaría así:

- a. es genérica, porque no descompone el contenido del pensamiento en elementos diferenciados, sino que se limita a evocarlos globalmente, dejándolo indiferenciado y sin analizar.

- b. En consecuencia, no da nombres a las cosas, sino que alude, usando “palabras generales”, dentro de las cuales se puede incluir lo que se quiera, contando así con un conocimiento global compartido, en el cual los objetos singulares no tienen nombre y, por tanto, ni siquiera es necesario indicarlos concretamente.
- c. Rechaza la estructura, tanto la jerárquica de los componentes como la sintáctica y textual, o bien usa estructuras extremadamente simples y planas; no usa jerarquía alguna entre las informaciones que presenta, dejando al interlocutor la tarea de crear la suya.

Resulta claro, a través de estas consideraciones, que la mentalidad *proposicional* se está encaminando hacia su ocaso, pese a que, por otra parte, ella forma el fundamento de la actitud racional en sentido amplio. Es decir, la mediaesfera hace tambalear una de las adquisiciones primarias de nuestra cultura.

\*\*\*

Hay quienes están convencidos de que todos estos cambios son una inmensa adquisición de nuevas potencialidades, que nos permiten hazañas que antes ni siquiera podíamos imaginar. Eso valdría tanto en general como en lo que más concretamente a la educación y a la formación se refiere.

Por mi parte no creo que la digitalización – más concretamente la del libro y de su mundo – vaya a ser nuestra salvación, ni que en ella todo sea positivo y útil. Muchos de sus productos, incluso los aplicados al conocimiento, y sobre todo la mentalidad vinculada a ella, son profundamente ambiguos, porque pueden producir resultados de signo contrario.

Por un lado, nos permiten hazañas que, de verdad, antaño ni siquiera hubiéramos imaginado. Por otro lado, como varios analistas opinan, la difusión capilar y universal de la mediaesfera (la que se observa cada día más en las escuelas y en el mundo de los jóvenes) es globalmente un peligro, porque propaga conocimientos fragmentarios e infundados, acostumbra a un acceso fulmíneo y

totalmente casual a las informaciones, convierte el conocimiento organizado en información despedazada.

Todos estos rasgos definen un marco paradójico: aun pareciendo soporte electivo del aprendizaje, la mediaesfera produce *desafección* hacia el libro. Por supuesto, ya sabemos que el rechazo del libro es un fenómeno periódico en la historia. Charles Nodier, famoso bibliófilo francés del pleno siglo XIX, subrayó que la imprenta había ayudado a propagar tantos errores disfrazados de verdades y que, si en la antigüedad la locura o lo absurdo duraban solo una generación, en la actualidad, con los libros, duran muchas.

Efectivamente, el libro tiene todos los aspectos que en la mediasfera se clasifican como defectos y se eliminan: es pesado, es lento, lleva discursos estructurados, se puede dañar y perder, requiere tiempo, concentración y soledad. Basta con entrar en la gran Bibliothèque Nationale de París a orillas del Sena (o en cualquier lugar de la misma clase) para entender que algo ya ha cambiado incluso en los templos del libro: no menos del noventa por ciento de los presentes no leen libros de ninguna clase, sino que están pegados a una computadora para hacer la miríada de cosas que se pueden hacer con una PC, ocasionalmente incluyendo la lectura de unas páginas de libros en papel transferidas digitalmente.

Indirectamente, vuelve a ocurrir lo que pasó con el libro en la Revolución Francesa. Cabe recordar que, al desmantelarse las bibliotecas de nobles y comunidades religiosas, inmensas masas de libros abarrotaron los muelles de París, los puestos de libreros y los “depósitos literarios”, una especie de centros de reagrupación y clasificación instituidos por la Revolución, donde las ventas públicas se celebraban regularmente y los libreros constituían sus fondos.

\*\*\*

No son pocos quienes piensan que el ordenador, sobre todo conectado a la red, va a ser uno de los factores más poderosos para colmar el desfase entre la educación y la sociedad moderna. Nicholas Negroponte, uno de los gurú de lo digital, propuso, al comienzo de la

revolución digital, una profecía de que lo “digital”, por ser inmaterial, silencioso y potente, ocuparía pronto el espacio de todo lo “físico”, por ser esto, al contrario, material, lento, ruidoso e ineficaz.<sup>6</sup> El libro terminará inevitablemente dentro de un montón de cosas viejas, que lo digital reformará y transformará en algo nuevo.

Muchos ministros de educación, en todo el mundo, compartiendo esta opinión, están convencidos de que una *tablet* o una pizarra electrónica son lo que necesita para cambiar la enseñanza, la educación, la cultura general y la lectura. La pandemia, que ha obligado a casi todo el mundo a descubrir la enseñanza a distancia, ha arraigado esta idea.

En contra, me parece que algunas consideraciones se imponen.

Hasta este momento lo digital es indudablemente el principal enemigo del libro y de la lectura, a pesar de su apariencia de “objeto hecho para leer y escribir” y estimula en varios países (especialmente en los EEUU) a crear bibliotecas enteras... sin libros, es decir convertidas en puras mediatecas, en puro digital.

¿Es un avance? ¿O un paso atrás? Depende de que punto de vista estamos mirando. Desde el punto de vista social, por ejemplo, lo digital aísla a las personas pretendiendo acercarlas y traerlas a colaborar entre ellas. Es el tema tratado por Sherry Turkle en su conocido libro *Alone Together*.<sup>7</sup> Es –por así decirlo– una formidable *escuela de soledad organizada*. Cada uno está solo ante su pantallita, envía mensajes a gente lejana y desconocida, mientras el mundo colectivo va cuesta abajo, y, al mismo tiempo, la inundación de símbolos visuales produce paradójicamente un empobrecimiento de la experiencia.

6 Nicholas Negroponte, *Being Digital*, Alfred A. Knopf, New York 1995.

7 Sherry Turkle, *Alone Together. Why We Expect More from Technology and Less from Each Other*, Basic Books, New York 2011.

Pese a su apariencia, lo digital es enemigo de varias formas de aprendizaje. Por ejemplo, enemigo de las matemáticas, pues mata el gusto por el descubrimiento y por la búsqueda de soluciones. Para emplear la brillante fórmula de Clifford Stoll –un drástico adversario de lo digital– con el ordenador “*el problem-solving se convierte en puro button pressing*”.

\*\*\*

Llego a las conclusiones. He descrito varios aspectos del ocaso del libro, no sólo como objeto físico, sino también como mundo simbólico y – si queremos – como metáfora del mundo (según la gran imagen de Hans Blumenberg<sup>8</sup>). He descrito los cambios que están en el origen de esta decadencia, todos debido a la mediaesfera y al cambio de paradigma mental que ha supuesto: desaparición del autor (y del copyright), ruptura del cuerpo del texto, cambio de la etología y ecología de la lectura, desafección del libro y de lo que representa.

Como siempre que algo declina, nos preguntamos – para repetir la famosa frase de Víctor Hugo, tan querida por Umberto Eco – “*¿Ceci tuera cela?*” (¿El texto matará la imagen?) Allí, la oposición estaba entre el simbolismo místico de las catedrales góticas y la racionalidad que prometía la prensa. Hoy, la oposición es entre el libro de papel y su mundo y lo que la mediaesfera propone como su sustituto o heredero.

¿Matará pues la mediaesfera al libro?

Tal vez vosotros tengáis la respuesta. Yo no la tengo. Pero sé firmemente que la mía, y tal vez la vuestra, es la última generación que se haya formado principalmente en los libros. Las generaciones recientes prescindan de los periódicos, porque se contentan con leer los titulares en línea, prescindan de los libros porque no se corresponden a su etología.

La defensa del libro y su mundo se ha vuelto difícil, heroica y casi temeraria. Las bibliotecas son lugares

en el mismo tiempo de conservación no solo de libros sino también de la *cultura y la mentalidad del libro*, y de invención de propuestas nuevas para que el libro y su mundo sobrevivan y sigan iluminando las mentes. ■

\*Sobre el autor. El Dr. Raffaele Simone es Doctor honoris causa por la Università di Lund. Miembro de la Académie Royale de Sciences et Arts de Belgique desde 2017; Caballero de la Orden de las Artes y Letras de Francia desde 2011; Académico della Crusca desde 2019.

Autor de no menos de doscientos artículos técnicos de lingüística teórica, descriptiva, comparada y tipológica. Es autor del primero y más influyente tratado de lingüística general italiano, del cual han aparecido hasta 2021 treinta y cinco reimpresiones y cuatro ediciones: “*Fundamenti di lingüística*”, así como “*Nuovi fundamenti di lingüística*”, este último traducido al español: “*Nuevos fundamentos de lingüística*”. Sus trabajos más recientes son “*Il software del linguaggio (2020)*” y “*La gramática presa sul serio. Comme è nata, come funziona e come cambia*”.

A su actividad lingüística se une una intensa producción de ensayos de filosofía de la cultura y de la modernidad; de política de la investigación y de análisis político. Autor de la novela “*Le Passioni dell’anima*.” (Los datos sobre el autor son traducción del italiano de la editora).

Información más amplia se puede localizar en: [uniroma3.academia.edu/Raffaele Simone](http://uniroma3.academia.edu/Raffaele_Simone)

---

8 Hans Blumenberg, *Die Lesbarkeit der Welt*, Suhrkamp, Frankfurt a/M 1986.